

Ayotzinapa: dos meses

Al cumplirse dos meses de la agresión sufrida por alumnos de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, en Iguala, Guerrero, durante la que fueron asesinadas seis personas – tres normalistas y otros tres individuos – y 43 estudiantes fueron desaparecidos, México asiste al despliegue de una irritación y una movilización social que resultaban impensables antes del 26 de septiembre pasado, en tanto las instituciones enfrentan una crisis de credibilidad sin precedente en la historia moderna del país.

En efecto, los inauditos homicidios y desapariciones de normalistas han sido, a lo que puede verse, un detonante de protesta masiva para una sociedad que se había mostrado desarticulada, desmovilizada e incluso apática ante adversidades como la violencia del sexenio calderonista y las afectaciones a la economía popular, así como a la soberanía, causadas por el conjunto de reformas estructurales efectuadas en los primeros 12 meses del actual gobierno, las cuales trastocaron sensiblemente las bases del pacto social y eliminaron derechos y conquistas sociales históricas.

La proliferación de protestas y expresiones simbólicas que han tenido lugar en el curso de estas ocho semanas ha de contrastarse con la respuesta tardía y equívoca que mostraron las autoridades estatales y federales y en general el conjunto de la clase política ante el episodio: el gobernador guerrerense Ángel Aguirre Rivero – quien a la postre se vio obligado a pedir licencia del cargo por críticas a su desempeño y señalamientos de su posible responsabilidad en los hechos, así fuera por omisión – dejó pasar cuatro días antes de pedir al Congreso estatal el desafuero del entonces presidente municipal de Iguala, José Luis Abarca Velázquez, en tanto el gobierno federal se limitó, los días posteriores, a exhortar a las autoridades locales a que se responsabilizaran de las investigaciones y de la procuración de justicia, así como a insistir en que la atrocidad de Iguala era un “asunto local”.

Ayotzinapa After Two Months

In the two months since students of Ayotzinapa’s Raúl Isidro Burgos Normal Rural School were assaulted in Iguala, Guerrero, killing six people—three students and three other individuals—and 43 students had disappeared, Mexico has witnessed a social annoyance and mobilization considered unthinkable before September 26. All the while, government institutions are facing a credibility crisis unprecedented in the country’s modern history.

The outrageous homicides and disappearances of the normal school students have triggered massive protest in a society proven to be disjointed, immobilized, and apathetic in the face of adversities, such as the violence in the administration of Felipe Calderón and the impacts on the economy and national sovereignty brought about by the set of structural reforms during the first twelve months of the government’s reign. These reforms played significant havoc with the foundations of the social pact and abolished historic social rights and accomplishments.

The proliferation of protests and symbolic expressions over these past eight weeks are a stark contrast with the delayed and misleading response from state and federal authorities, as well as from politicians in the face of the event. Obligated to ask for a leave of absence owing to criticism about his performance and signs of possible responsibility for his actions due to omission, Governor of Guerrero Ángel Aguirre Rivero let four days go by before asking the State Congress to remove former Iguala municipal president José Luis Abarca Velázquez’s immunity from prosecution. In the following days, the federal government confined itself to urging local authorities to take responsibility in the investigations and pursuit of justice and insisted that Iguala’s atrocity was a “local issue.”